

esfera de los poderes creados el poder creador.»

M. Hipólito Carnot ha hecho alto en tan garrafal inexactitud, y la califica de olvido. Sea; pero él conciliará, si puede, su caritativa suposición con la poderosa memoria de Barère, de cuya extraordinaria fidelidad nos habla en otra parte del libro largamente.

Muchos fueron los individuos de la Asamblea Nacional que recibieron indemnizaciones más ó ménos cuantiosas por el sacrificio impuesto, y Barère fué uno de ellos. Porque como se hubiera instituido un tribunal supremo, cuyo asiento debía estar en Paris, con jurisdicción sobre todo el reino, designando los jueces por medio del sufragio los departamentos, Barère fué nombrado por los Altos Pirineos, y tomó posesion en el Palacio de Justicia. Él añade, y sus lectores pueden creerlo si gustan, que á la sazón se trataba de hacerlo ministro de lo Interior, y que para eludir tan grave responsabilidad, pidió licencia para trasladarse á su país natal una temporada. No sabemos el grado de certidumbre que merezca la noticia, siendo suya; pero sí es positivo que abandonó á Paris á principios de 1792, y que permaneció algunos meses en el Mediodía de Francia.

XII.

Poco tardó en ser evidente á todos que la Constitución de 1791 carecia de las condiciones necesarias de vitalidad, y que no prosperaria. Cierto es que no podia esperarse, pensando cuerdamente, que una Constitución nueva en sus principios y en sus detalles pudiera marchar sin tropiezos desde los primeros dias, pues aún cuando el magistrado

supremo hubiera estado en posesion de la confianza del pueblo; aún cuando hubiera ejercido sus funciones con celo, prudencia y lealtad ilimitadas, y aún cuando el cuerpo representativo hubiera reunido todos los hombres de Estado más capaces de la Francia, las dificultades habrían sido insuperables. Pero más todavía lo eran haciéndose como se hacía el ensayo en las peores condiciones: el Rey detestaba la Constitución, y la Cámara legislativa, si contenia hombres de talento y de rectos propósitos, ni uno sólo de ellos poseia la experiencia necesaria. Con todo, si la Francia hubiera podido dirimir sus contiendas y reorganizarse sin la intervencion extranjera, tal vez habria sido factible conjurar todas las calamidades que sobrevinieron á seguida. El Rey, que si tenía muchas buenas cualidades, era indolente y sensual, se habria consolado al fin de la pérdida de sus prerogativas con la inmensa dotacion de su casa, sus palacios, sus bosques, sus sopas, sus pasteles de Perigord y su vino de Champagne, y el pueblo, á su vez, habria gozado tranquilamente de las reformas hechas y de las libertades conquistadas por la Asamblea Nacional, á pesar de sus lamentables equivocaciones; no se hubiera dejado arrastrar fácilmente por los demagogos á cometer actos de barbarie, y caso de realizarlos, habrían producido probablemente pronta y enérgica reaccion; mas, para conseguir estos fines, se hacía indispensable la paz; que de haber reinado algunos años cierta tranquilidad en el país, la Constitución de 1791 acaso hubiera echado raíces, adquiriendo gradualmente la fuerza que sólo da el tiempo á las instituciones, y durando hasta nuestros dias con aquellas reformas que la experiencia hiciera indispensables. Pero la coalicion europea contra la Revo-

lucion destruyó en su germen las esperanzas de tan lisonjeros resultados, siendo por tanto, á nuestro parecer, consecuencia inevitable y necesaria de aquella liga el destronamiento de Luis XVI. Porque no se trataba ya de averiguar si tendria el Rey veto absoluto ó suspensivo, ni de si habria una ó dos Cámaras, ni de si los individuos del Cuerpo representativo serian ó no reelegibles, sino lisa y llanamente de si la Francia perteneceria en lo porvenir á los franceses; y como se hallaban en litigio la independencia nacional y la integridad del territorio, debemos decir con franqueza que aprobamos sin reserva la conducta de los franceses que quisieron hacer entónces como en Inglaterra Blake, y combatir virilmente por la defensa de la patria bajo cualquier forma de gobierno que se diera.

Parécenos evidente que la guerra contra la coalicion continental fué por parte de la Francia una guerra defensiva en el principio, y justa por ende, no emprendida por motivos de poco momento, ni contra enemigos despreciables, pues se hallaban empeñados en ella los intereses más caros del pueblo frances, y que aparecian en primera línea dos grandes y belicosas monarquías, una sola de las cuales hubiera bastado para ser en la situacion de entónces formidable rival de los franceses. Dicho se está que no podian éstos, dadas las circunstancias en que se hallaban, y sin dar muestra de grandísima imprudencia, confiar la suprema direccion de los negocios á un hombre cuyas simpatias por la causa nacional eran dudosas. Y con nuestras palabras no inferimos agravio ninguno á la memoria de Luis XVI, porque para simpatizar con la Revolucion habria sido necesario que fuera su carácter sobrehumano. Poseyó en su plenitud el ejercicio del poder abso-

luto, no por medio de usurpacion, sino por derecho de primogenitura y conforme con las antiguas y venerandas leyes del reino; lo habia ejercido con magnanimidad; queria el bien de su pueblo, y trató de otorgarle de su propio movimiento generosas concesiones que ningun otro príncipe ha hecho nunca sino forzado de las circunstancias; sufría el castigo de culpas no suyas; era victima del orgullo y de la desaforada ambicion de algunos de sus predecesores, y del desórden y del envilecimiento de otros; habia sido vencido y prisionero, y llevado en triunfo, y encarcelado con centinelas de vista; pudo escapar, y cayó de nuevo en manos de sus perseguidores, volviendo como galeote desertor á ser cerrado en más duro cautiverio, y en él permanecia, sin que fuera parte á imponer respeto alguno á sus enemigos el rigor de su aciaga suerte, pues no pasaba dia sin recibir nuevos agravios, no sólo por medio de la prensa, sino cara á cara de ruines y bajos escritoruelos y golillas de provincia que lo trataban como á su igual, sentados y cubiertos en presencia suya, estando acostumbrado á ser desde la cuna objeto de adoracion. Y como tenía conciencia de la rectitud de sus intenciones, los ultrajes eran tanto más grandes para él cuanto ménos merecidos; y por eso detestaba la Revolucion, sin duda, y al dirigir la guerra contra los aliados suspiraba secretamente por las águilas tudescas. En modo ninguno lo censuramos por ello; pero, ¿cómo condenar tampoco á los hombres que se habian propuesto defender á todo trance contra la intervencion extranjera la obra de la Asamblea Nacional, y que no querian al Rey á su cabeza durante la lucha que se acercaba? Nada diremos por nuestra parte que sea eficaz á defender ó atenuar la insolencia, la grosería, la

bajeza, la injusticia, la barbarie, la infamia, la cruel ferocidad del trato que despues de su triunfo hicieron sufrir al Rey y á su familia los republicanos, limitándonos á consignar que sólo tenian los franceses una alternativa en aquellos momentos, á saber: despojar á Luis XVI de la corona, ó entregarse á merced del extranjeró. Los sucesos del 10 de Agosto fueron la consecuencia inevitable de la liga de Pilnitz, viéndose invadido el palacio del Rey durante aquella memorable jornada, muertos sus guardias, él privado de continuar ejerciendo su oficio, y la Asamblea legislativa en el caso de pedir á la nacion que procediera sin más dilaciones á elegir una Convencion extraordinaria revestida de los poderes ilimitados que hacia indispensables el estado excepcional del país. Y como los individuos de la Asamblea podian formar parte de la Convencion, Barère fué designado al efecto por su distrito natural.

XIII.

La Convencion se reunió el 21 de Setiembre de 1792, y sus primeras disposiciones se adoptaron por unanimidad, quedando, entre otras, abolida la monarquía por aclamacion. Nadie tuvo nada que oponer á un cambio tan grande y trascendental, ni tampoco nadie adujo razones dignas de este nombre, porque no es posible calificar así apotegmas del tenor siguiente: Los reyes son en el órden moral como los monstruos en el físico; la historia de los reyes es el martirologio de los pueblos. Pero áun cuando aquella discusion fuera sólo digna de una jovatina, el acuerdo adoptado por la Cámara res-

pondió, en nuestro concepto, á buena política. Y al decir esto no pretendemos sostener en modo alguno que sea la república, teóricamente hablando, la mejor forma de gobierno, ni que sea tampoco, en tésis general, la forma de gobierno que conviene más al pueblo frances, porque abrigamos el íntimo convencimiento de que los mejores gobiernos posibles son las monarquías limitadas, y de que la Francia en particular no ha disfrutado nunca de más libertad y bienestar que bajo esta manera de gobierno; lo cual no empece para que aprobemos en todas sus partes el acuerdo de la Convencion aboliendo la monarquía, pues la intervencion de las potencias extranjeras habia producido una crisis de tal naturaleza y tan terrible, que hacia necesario para resolverse medidas excepcionales en toda la extension de la palabra.

La monarquía hereditaria puede ser y es, sin duda, una institucion muy provechosa en naciones como la francesa; mas tambien lo es la arboladura para los barcos, y, sin embargo, cuando la nave corre peligro de naufragar, parece conveniente y hasta necesario abatirla, derribando por tal modo, sin lástima, cuanto forma parte integrante de la construccion para que no sea causa de siniestro, aumentando el peligro; que pasada la tormenta, y con ella el temor, se puede ganar puerto y carenar las averías. Lo propio suele suceder en ciertas circunstancias políticas que reclaman imperiosamente supresiones de mucha cuenta en aquello que contribuye al complemento de su estructura para salvar de ruina lo esencial. En este caso se halló precisamente la Convencion. Todo buen patriota debia de hacer por su parte cuanto fuera necesario á preservar la Francia de sufrir la misma suerte desas-

trada de Polonia. Y como entónces la primera virtud del gobierno consistia en consagrarse completamente á la causa nacional, y Luis XVI carecia de esta circunstancia, irremplazable por el momento con las demas públicas y privadas que pudiera tener, es indudable que si daban de lado al Rey, hacían inevitable la supresion de la realeza. Quimérico habria sido, en el estado de los ánimos entónces, pensar siquiera en hacer lo que hicieron los ingleses en 1688 y lo que hizo en Francia la Cámara de Diputados de 1830, porque la tentativa hubiera fracasado en medio de la rechifla universal, enojando á todos los hombres celosos del bien público, fueran cuales fueren sus opiniones; lo cual era tanto más grave, cuanto que á la sazón todo el mundo tenía celo vehementísimo. Porque si cuando las facciones políticas sienten el cansancio producido por largas luchas y han recibido las severas lecciones de la única escuela cuyas enseñanzas aprovechan algo á la humanidad, se hallan dispuestas á escuchar los consejos de un mediador, cuando están en la plenitud de su virilidad, faltas de experiencia, prontas y aparejadas á la pelea, rebosando esperanza y ardientes y fogosas y enconadas, sólo se conciertan para echar fuera del camino que quieren recorrer el obstáculo que se interpone y pretende contenerlos en su carrera simultáneamente. Tal era el estado de la Francia en 1792. De una parte, se hallaba el gran nombre de Hugo Capeto, el trigésimotercero rey de la tercera raza, y de otra, el gran nombre de la República; y como no hubiera término medio entre ambos extremos, y fuese necesario seguir el partido de uno ú otro, por lo que á nosotros respecta diremos que aprobamos sin reserva la conducta de quienes, dando de lado á las cuestiones

secundarias, prefirieron la independencianacional á la sujecion, y el suelo patrio al campo de los emigrados.

XIV.

Pero si la Convencion se mostró compacta y unida tratándose de abolir la realeza y de la necesidad de impulsar la guerra con energía, un abismo ancho y profundo separaba en dos bandos el Cuerpo representativo.

Figuraban en el uno los hombres políticos designados con el nombre de Girondinos, del departamento á que pertenecian y que representaban algunos de ellos, ó con el de Brissotinos, del apellido de uno de sus jefes más caracterizados. En efecto, como aptitud y actividad y sentido práctico, Gensonné y Brissot eran los más notables; pero Vergniaud aventajaba indudablemente á todos los franceses de su tiempo en elocuencia parlamentaria; como que hay trozos de sus discursos que aún se leen con admiracion dolorosa en los pueblos extranjeros al cabo de medio siglo, y que ningun hombre logró elevarse tan rápidamente á tan considerable altura en la oratoria. Su vida pública duró dos años escasos, y esto basta para diferenciarlo de los más famosos tribunos de Inglaterra; porque Fox, Burke, Sheridan, Pitt, Windham y Canning no gozarian hoy de la reputacion de grandes oradores si hubieran muerto dos años despues de su entrada en la Cámara de los Comunes. A su vez, Condorcet aportaba contingente de orden muy diverso al partido girondino, pues la generalidad lo reputaba con justicia por matemático profundo, y tambien, aunque con

ménos equidad, por consumado maestro en materia de ciencias políticas y morales, viendo en él los filósofos su jefe y el legítimo sucesor y heredero por descendencia intelectual y adopción solemne del soberano difunto, D'Alambert. Demas de estos individuos figuraban en el seno del bando girondino Guadet, Isnard, Barbaroux, Buzot y Louvet, harto conocido á título también de autor de una ingeniosísima y licenciosa novela, y más ventajosamente por cierto á causa de la generosidad de que dió tan alta muestra defendiendo á los desgraciados, y de su intrepidez arrojando las iras de los malhechores poderosos. Dos hombres, cuyo talento no era extraordinario, pero que gozaban de mucho prestigio por su probidad y patriotismo, llamados Roland y Pétion, dieron también á los Girondinos el apoyo de su honrada fama, imprimiendo á las deliberaciones del partido, la esposa del primero, varonil esfuerzo y entereza inquebrantable, temperadas de la gracia y vivacidad femeniles. Ni tampoco la célebre secta carecía del brillo y esplendor de las glorias militares, porque Dumouriez, á la sazón victorioso de los ejércitos extranjeros é ídolo del pueblo, figuraba en las filas de la Gironda.

Es indudable que los Brissotinos cometieron gravísimas faltas; pero cuando se compara imparcialmente su conducta con la de los demás partidos que se agitaron en tiempo de la revolución francesa, impulsándola ó sufriendo de su violencia, fuerza es convenir en su indisputable superioridad sobre todos ellos en todo, excepto en un punto esencial en épocas de grande agitación, y que por su naturaleza es el primero y más necesario: la firmeza. No decimos con esto que los Girondinos amaran tíbiamente la trascendental reforma realizada por la

Asamblea, porque ántes por el contrario eran sus más decididos paladines; y aún cuando la reforma hubiera ido demasiado léjos bajo ciertos aspectos, como quiera que constituía un beneficio inmenso digno del precio enorme y terrible pagado por ella, estaban resueltos á mantener incólume la independencia de la patria contra la dominación extranjera, y á no sufrir el yugo afrentoso y degradante de la conquista. Razon tenían en ambas cosas, y asimismo en creer que si Luis XVI continuaba en el trono les fuera imposible luchar tan vigorosamente como era necesario contra la coalición europea; por cuya causa trabajaron y contribuyeron al establecimiento del gobierno republicano: que, peleando batallas como aquellas, formidables y temerosas, en las cuales se dirime la vida ó la muerte de los pueblos, ni es prudente, ni discreto, ni sensato fiarse á manos de jefes, no ya hostiles, pero ni siquiera vacilantes.

Hasta entónces habían ido los Girondinos con la Revolución; pero hicieron alto en este punto, y, á nuestro parecer, tuvieron razón en detenerse, del propio modo que la tuvieron ántes en avanzar. Para el mejor servicio de una gran causa, y en ocasión de gravísimo riesgo por lo extraordinario de las circunstancias, tomaron parte activa en muchas medidas que, si fueron eficaces á producir inmensa cosecha de bienes, habían sido causa necesaria también de inmensos males por la perturbación que produjeron en el espíritu público, en las esferas del gobierno, despojado por ellos de tradicionales atribuciones, y hasta en los fundamentos de la propiedad y del derecho, cuyas bases conmovieron. Realizado este programa, creyeron cumplir su deber consolidando lo que habían estimado necesario

quebrantar en bien de la patria; porque si amaban la libertad, la querian juntamente con el orden, la justicia, la misericordia y la civilizacion; y si eran republicanos, anhelaban revestir su república de cuanto habia embellecido la derrocada monarquía, esperando que los sentimientos humanitarios, la cortesía y el buen gusto, que tanto influyeron otro tiempo y tanto suavizaron los rigores de la esclavitud en Francia, podrian ser á la sazón los principales ornamentos de la libertad. De aquí que vieran con horror los crímenes cometidos en nombre de la razón y de la filantropía, y que superaban en número ciertamente y en barbarie á los perpetrados en Europa el siglo xvi por las facciones religiosas; que pidieran con airada elocuencia memorable castigo para los autores de la infame carnicería hecha en las prisiones de París algunos dias ántes de reunirse la Convencion, y que oyeran con tan altivo desprecio las disculpas alegadas en descargo del crimen; pues si reconocieron sin ambages la gravedad de las circunstancias, sostuvieron que nada podría nunca justificar la violacion de los principios de la moral, en los cuales se apoya y descansa la sociedad. «Ciertamente, decian, es necesario defender la honra y la independencia de la patria; pero con la espada del caballero, no con el puñal del asesino.»

XV.

Enfrente de los Girondinos habia un partido que, despues de ser objeto durante mucho tiempo del odio y mala voluntad del mundo civilizado, tiene ahora (tanta es la movilidad de las opiniones), no sólo apologistas, sino panegiristas fervorosos. De

grado reconocemos que militaban en las huestes de la Montaña hombres de buena fe y celosos defensores del bien público; pero los más principales de ellos, Carnot y Cambon, por ejemplo, que asimismo eran los mejores, á trueque de realizar grandes fines ponian mano en todos los medios sin escrúpulo alguno, y en pos de ambos entusiastas venía una multitud abigarrada, compuesta de aquellos á quienes sus ambiciones bastardas, sus vicios depravados y su crueldad feroz, hacía desear la licencia más desaforada para saciar la brutalidad de sus apetitos.

Cuando se reunió la Convencion, la mayoría estaba con los Girondinos, y Barère con la mayoría; pero al tener lugar el proceso de Luis XVI, se apartó de las huestes en que hasta entónces habia militado generalmente, y votó con la Montaña y habló contra el acusado en términos de tanta violencia, que apenas pudieron igualarla varios de sus colegas.

La conducta de los jefes del bando girondino en aquella ocasion no fué honrosa para ellos, pues áun cuando sería injusto acusarlos de crueldad, es imposible no formular contra ellos dos cargos muy graves, á saber: la irresolucion y la doblez más criminales. No estaban sedientos de la sangre de Luis; al contrario, anhelaban proteger su vida y salvarla; pero de ir directamente al fin propuesto, temian hacerse sospechosos de falta de sinceridad en su adhesion á las instituciones republicanas; y como querian evitar la muerte del Rey y pasar al propio tiempo plaza de regicidas, adoptaron una línea de conducta oblicua que, á su parecer, los llevara seguramente á conseguir su doble fin. Empezaron por declarar culpado al Rey, pidiendo luégo que se ape-

lara del fallo á la nacion. Vencidos en la tentativa de salvarlo, votaron contra su voluntad, avergonzados y con mal comprimida repugnancia, la pena capital: hecho esto, intentaron un esfuerzo supremo en favor del Monarca y pidieron el sobreseimiento; conducta vacilante y torpe cuyos resultados fueron los que hubiera podido prever cualquiera hombre un tanto versado en los negocios, pues en lugar de ver realizadas sus esperanzas, fracasaron en ellas, dando motivo á la Montaña para que los acusara con razon de haber intentado salvar al Rey por medios encubiertos y no nada francos, y ocasion á sus propias conciencias para que los acusaran con igual justicia de haberse manchado las manos en la sangre del más inofensivo y desdichado de los hombres.

Siempre ha sido la línea recta la más corta, la más honrada y la más segura, y los Girondinos no la siguieron. Profesaban el principio de que había pasado la era de las violencias revolucionarias y llegándose al momento histórico de inaugurar el reinado del orden y de la ley. Sin embargo, los procedimientos entablados contra el Monarca eran por su esencia revolucionarios y en abierta oposicion á la ley, siendo el único pretexto que pudiera invocarse en abono del método la magnitud del peligro público, el cual interrumpía y trastornaba todas las reglas ordinarias y corrientes de la jurisprudencia y de la moral; expediente á que apeló la Montaña para defender las matanzas de Setiembre, y que los Girondinos rechazaron. Pero, votando la muerte del Rey, cedieron á la Montaña en la más grave de las cuestiones que separaba los dos bandos. De hacerlo en contra, no sólo habrían dado muestra señalada de viril entereza, sino dejado á los regi-

cidas en minoría, pareciendo lo más probable que hubiera ocurrido entónces un conflicto, cuya solucion habria sido dejar el laurel de la victoria en las manos del más fuerte; y ¿quién sabe si no hubiesen sido ellos los héroes de la jornada y suyo el triunfo! Sucumbiendo en la demanda, que es cuanto hubiera podido sucederles de más aciago, salvaban la honra, y de todos modos bien puede afirmarse que la rectitud y el valor no habrían sido tan funestos á los Girondinos como la irresolucion y las estratagemas.

XVI.

Ya dijimos que Barère votó con la Montaña en aquel trance, y contra la apelacion al pueblo y el sobreseimiento, siendo entónces su lenguaje y su conducta de todo punto diferentes al lenguaje y conducta de los Girondinos. Porque en tanto éstos parecían tristes y ensimismados, y su actitud y sus palabras eran las propias de hombres á quienes abrumaba el dolor y la pesadumbre, y que Vergniaud, á quien tocó en suerte la penosa tarea de anunciar á la Cámara el resultado de la votacion condenando á Luis, lo hizo con el semblante demudado, trémulo de emocion y voz entrecortada é inteligible, Barère, que no había llegado aún á la perfeccion en el arte de mezclar agudezas y frases pretenciosas á palabras de muerte, pero que ya prometía mucho en esta rama sublime, vamos al decir, de la elocuencia jacobina, dió punto á su discurso con la siguiente frase, digna de su corazon y de su cabeza: «El árbol de la libertad florece, como